



Tubo de ensayo

Thierry Ways

Una mejor transición energética

El 20 de julio, el Presidente insistió en la importancia de la transición energética para su proyecto político. Pero, como tantas veces en su gobierno, las medidas conocidas hasta el momento parecen más preocupadas con la elaboración de símbolos y mensajes que con la obtención de resultados concretos.

En el caso del gas, por ejemplo, la política es acabar con la exploración (o al menos eso parece, ha habido pronunciamientos confusos al respecto). De ser así, antes de 2040 tendríamos que importarlo de Venezuela. Pero el chavismo-madurismo arruinó a tal punto la industria de hidrocarburos de ese país que su impacto medioambiental hoy es “devastador”, reportó hace poco *The New York Times*.

En otras palabras, no solo nos dispararíamos en el pie al obligarnos a importar un insumo que podemos obtener localmente, sino que -cereza del ponqué- financiaríamos la destrucción ambiental del vecino.

Por fortuna, una mejor política de transición energética es posible. En un reciente texto en *El Espectador*, el columnista Martín Jaramillo destacó una idea del economista venezolano Ricardo Hausmann. En lugar de ponerle insalvables trabas tributarias y jurídicas a la industria minera -que se suman a la aterradora inseguridad en las regiones-, el país debería promoverla: una minería cumplidora de las normas, que repare el deterioro ambiental que produce, pero que tenga incentivos para trabajar.

La razón es elemental. Quien dice transición energética dice electrificación: pasar, por ejemplo, de motores de combustión interna a motores eléctricos. Y la electrificación del planeta requiere minerales como el cobre y el litio, para cables y baterías, que hay que extraer del subsuelo en crecientes cantidades.

Hausmann tiene otra idea más transformadora aún. Marchitar nuestra industria de hidrocarburos, como dije, es un acto simbólico. Le granjeará aplausos al Presidente en las conferencias internacionales, pero no reducirá las emisiones globales, pues estas no dependen de países poco emisores, como el nuestro. En cambio, deberíamos aprovechar la circunstancia de que la matriz eléctrica nacional es bastante limpia, gracias a la hidrogenación, y tiene capacidad de crecer sin ensuciarse, gracias al potencial eólico y solar de La Guajira y otras regiones. Esa atractiva combinación puede explotarse para atraer industrias de otras partes del globo, donde la electricidad se obtiene quemando cosas. Ofrecámosle al mundo nuestra ventaja: kilovatios más verdes y más bonitos.

Un gran proyecto de este tipo -llamémoslo ‘política industrial’, eso está de moda- haría una contribución real, no simbólica, a la transición energética, al ayudar a bajar las emisiones de industrias contaminantes. Y lo haría sin perjudicar los ingresos de la nación, como sí pasa con el cese de la exploración. Con perdón por la antiecológica metáfora, mataríamos múltiples pájaros de un tiro: se crean puestos de trabajo, se ataca la pobreza, se genera crecimiento económico, se sube el recaudo y se profundiza la sofisticación del aparato industrial, todo a la vez. Rara vez en el campo del desarrollo encuentra uno una idea con tan pocas desventajas.

Bueno, sí, tiene una, un defecto mayor. Al igual que la primera propuesta -promover la minería de ciertos materiales-, esta segunda idea sirve para impulsar el desarrollo, crear empleo y reducir las emisiones globales sin desmejorar los recursos para el gasto social. Pero no sirve para desmontar el capitalismo, repudiar la economía de mercado o levantar un puñito rebelde contra el ‘sistema’. Para esas cosas no sirve. Ojalá eso no sea motivo para que cierta izquierda, muy representada en el Gobierno, que valora más el apego al dogma antimerca do que los resultados concretos, rechace estas invitaciones.

“

Colombia podría realizar una transición energética sin dejar de crecer, y reduciendo la pobreza.